

ESTRELLAS DE BARRIO

Cuento sobre los Derechos de las niñas y los niños

¡REBAJAS!
SOLO POR 15.99



Dirigidos a niñas y niños
de entre 6 y 12 años

Autoría: Clara Redondo Sastre
Ilustraciones: María Reyes Guijarro

GRAN LUJO
STAR CAR
GRAN COCHE



SE PISOS
3 47 12

SE VEN
651 27 41



MECANI O JUAN LUIS

CLINICA
DENTAL
642 51 74

TODO TIPO
DE MOTORES
DTASEI

pizza home

pizza home

Autoría:

Clara Redondo Sastre

Ilustraciones:

María Reyes Guijarro

Coordinan:

Leticia Cardenal Salazar

Antonio Martín Román

Miguel Dueñas Jiménez

Silvia Centelles Campillo

Lola Ramírez Álvarez

Teresa Pintor García

Edita:

CEAPA

Puerta del Sol, 4 - 6º A

28013 MADRID

Primera edición:

Julio de 2018

Maquetación:

IO Sistemas de Comunicación

Imprime:

IO Sistemas de Comunicación

Enrique Granados, 24

28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:

Leticia Cardenal Salazar, Antonio Martín Román, Silvia Centelles Campillo, Miguel Dueñas Jiménez, Miguel Vera Sibajas, Flor Miguel Gamarra, Clara Díaz Alonso, M^a Carmen Padilla Darias, José Manuel Torre Calderón, Adelaida Martín Casanova, José Antonio Felipe Pastor, M^a Luisa Oliva Naranjo, Mustafa Mohamed Mustafa, José Luis Casado Delgado, José Antonio Álvarez Caride, Camilo Jené Perea, Francisca López Gracia, Santiago Álvarez Folgueras, Javier López Hernández y Màrius J. Fullana I Alfonso.

ESTRELLAS DE BARRIO

Dirigidos a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Autoría: Clara Redondo Sastre

Ilustraciones: María Reyes Guijarro



Introducción

El objetivo de esta publicación es aportar un instrumento a madres y padres para sensibilizar a sus hijas e hijos de entre 6 y 12 años sobre sus derechos y sobre la importancia de la comunicación entre ambas partes para mantener un clima familiar positivo.

Los cuentos, al igual que el juego, son una actividad fundamental en la infancia y tienen un enorme valor para las niñas y los niños como espacios y momentos privilegiados, donde poder descubrir el mundo, descubrirse y construirse como sujetos autónomos, e integrados en la cultura y en comunicación con los demás.

Educar a nuestras hijas e hijos para que conozcan sus derechos y sean responsables, les capacitará para la toma de sus propias decisiones y les ayudará a que puedan valerse por sí mismos/as.

A través de los cuentos, las niñas y niños asimilarán de una forma más rápida y práctica el verdadero significado de los valores. A las madres y padres nos aporta una herramienta divertida, educativa y diferente para enseñar a nuestras hijas e hijos, con el propósito de que adquieran una independencia adecuada a su edad y capacidad.

Con este cuento queremos transmitir que una forma de maltrato infantil es vulnerar su derecho a: tener actividades recreativas; comprensión y amor de las madres y padres; y, en resumen, su desarrollo físico, mental y social.

A lo largo de todo el cuento, se producen situaciones que podréis analizar con vuestras hijas e hijos, plantear posibles alternativas y/o soluciones y, en definitiva, compartir un espacio de comunicación, diálogo y crítica constructiva.

Con el objetivo de facilitar la comprensión de este cuento, aportamos una serie de preguntas que podéis formular a vuestras hijas e hijos para fomentar el diálogo y reforzar ideas positivas.

- ¿Crees que los padres de Tom hacen bien al llevarle a los *castings*?
- ¿Qué harías tú si fueras Tom? ¿Y si fueras Pedro o Alicia?
- ¿Te parece correcta la solución que le dan al problema?
- Comentar qué otras soluciones podríamos dar.
- ¿Qué derechos del niño/a se reflejan en este cuento?

¡REBAJAS!
SOLO POR 15.99



3 PISOS
3 47 12

GRAN LUJO
STAR CAR
GRAN COCHE



SE VENDE
651 27 41 3



MECANICO JUAN LUIS
TODO TIPO DE MOTORES

CLINICA DENTAL
642 51 74

pizza home

Desde las alturas

Desde mi terraza, veo la casa de Tom. Si quiero saber si se ha levantado de la cama, solo tengo que asomarme y comprobar que tiene la persiana subida. Eso hago todas las mañanas porque vamos juntos al colegio. Yo soy Pedro, y vivo en el séptimo piso, y Tom vive en el segundo piso del edificio de enfrente.

El primer día de colegio después de las vacaciones de primavera, las calles estaban pasadas por agua. Literal. No había dejado de llover en toda la noche, venga a llover y venga a llover, como si el cielo fuera una bañera y hubieran abierto el tapón. Todo eran charcos en las aceras y en las carreteras. Tom y yo vivimos a las afueras de la gran ciudad, en un barrio rodeado de aceras y carreteras, pero también tenemos un gran parque que atravesamos para ir y venir del colegio. La gente mayor dice que es una suerte tener al lado ese «pulmón» de la ciudad. Me hace gracia lo del «pulmón», imagino por el día a todos los árboles del parque absorbiendo a la vez el dióxido de carbono y luego soltando

el oxígeno. Todos a una: «¡Mmmmmm fuuú mmmmmm fuuuú!». Se organizan bien los árboles.

Tom y yo vamos andando al colegio y, para llegar allí, atravesamos de punta a punta este parque. Nuestra casa aquí, el colegio allá. Cuando nos encontramos Tom y yo aquella mañana a la entrada del parque, le propuse, como de costumbre, una mini aventura antes de llegar a clase. Siempre es mejor comenzar el día con algo divertido. Me gusta proponerle juegos a Tom.

—Prohibido abrir nuestros paraguas, ¿entendido? —se lo dije bien clarito mirándole a los ojos—. A ver quién llega menos mojado al colegio.

—Vale.

—Pero cada uno irá por un camino diferente —insistí—. No vale hacer trampas, ¿eh? Luego nos enseñaremos los paraguas y tienen que estar secos. ¡Preparados, listos, ya!

Tom salió corriendo, pero se frenó en seco.

—¡Eh, Pedro! ¿Qué nos jugamos? —me preguntó desde lejos.

En toda apuesta hay algo en juego.

—¡El bocadillo para el recreo! —contesté. Sabía que Tom siempre llevaba algo rico y abundante.

—¡Vale! ¡Nos vemos en la puerta del colegio! —dijo él y desapareció de mi vista.

Hay un montón de caminos para atravesar el parque. Yo me decidí por uno lleno de encinas; tienen las ramas bajitas y tupidas y me podían proteger de la lluvia. Aunque, más que ir de árbol en árbol buscando cobijo, mi táctica iba a ser correr a toda velocidad. Cuanto menos tiempo debajo de la lluvia, menos me mojaría, ¿no? Tom escogió otro camino de pinos y abetos. ¡Puah! Esos árboles no le iban a proteger de la lluvia, y desde luego que Tom no iba a ir corriendo al colegio. Lo suyo no eran precisamente los deportes. La apuesta iba a ser mía. Estaba seguro.

Empecé a correr por debajo de los árboles lo más rápido que pude, ¡fiuuuu! Pero reconozco que, cuando llegué al colegio,

cada milímetro de mi ropa estaba empapada. Toda el agua del cielo había caído sobre mí. Sin embargo...

—¡Estás seco! ¿Cómo lo has hecho? —le dije asombrado en cuanto lo vi.

Era increíble, Tom solo tenía mojadas las puntas de los zapatos.

—He venido saltando de rama en rama, por el interior de los árboles, que me han protegido de la lluvia —me contestó sonriendo y con los dedos en uve en señal de victoria.

—¡Venga ya!

—¿No te lo crees?

—Enséñame tu paraguas.

Efectivamente, estaba seco. ¿Habría venido de verdad saltando por dentro de los árboles, de rama en rama? ¿Te imaginas? Como un auténtico mono de la selva. Y sin un solo rasguño. Tuve que darle mi bocadillo a la hora del recreo. Es lo que tiene perder una apuesta.

Y él me regaló después la mitad de mi propio bocadillo.

Niño bueno

Tom y yo vamos a la misma clase. Junto con Alicia. Por la sonrisa de Alicia cuando me vio entrar, empapado, supe al instante que había sido la cómplice de Tom. Nada de saltar por entre los árboles. Los dos estaban secos. Los dos cuchicheaban. Los dos me miraban divertidos. Los dos tenían mojadas solo las puntas de las zapatillas. ¡Claro, cómo no se me había ocurrido! Habían venido juntos protegidos por el paraguas de Alicia.

Alicia también atraviesa el parque para venir al colegio, aunque no solemos quedar. A veces coincidimos y a veces no. Creo que Alicia es la única chica que no está por Tom. O sea, que muchas chicas están loquitas por Tom. Es el *popu* de la clase porque es muy guapo y sale continuamente en la televisión. En anuncios de champús, de *pizzas*, de teléfonos móviles, de embutidos, de cereales para el desayuno, de compañías de aviones. Siempre hace del niño bueno que obedece con una sonrisa a sus padres.

A sus padres de mentira, claro, porque los de los anuncios no son sus padres de verdad. Los de verdad le esperan siempre detrás de las cámaras: lo llevan al estudio para las grabaciones y luego lo devuelven a casa después del trabajo. Son sus padres-chófer. Y lo cuidan muy bien. Como a un tesoro.

En mi casa, cuando estamos viendo la tele y aparece Tom en un anuncio, dejamos todo lo que estemos haciendo y miramos atentos a la pantalla, como si fuera a saludarnos o algo. Cuando empieza a hablar (nos sabemos sus anuncios de memoria), como autómatas recitamos a coro las palabras que va diciendo, a la misma vez que él. Ya es una costumbre que no nos podemos quitar. Pero en mi casa dicen que les da pena Tom.

—Ese chiquillo lo que tiene que hacer es estudiar y jugar, y dejarse de ir a tanta grabación.

Dos, tres y hasta cuatro veces a la semana, mientras los demás hacemos actividades extraescolares del tipo fútbol, baloncesto, patinaje o kárate (otros se van a sus casas y ya está), a él lo vie-

nen a recoger a la salida del colegio para ir al estudio a grabar o a presentarse a *castings* para hacer más anuncios. A la puerta le espera siempre un coche oscuro muy moderno y con los cristales oscuros. Cuando él y sus padres se meten dentro, da la sensación de que el coche los engulle y que nunca van a volver a salir de ahí. Pero Tom siempre vuelve a clase al día siguiente.

TOM



Risa Hoja

Tom es hijo único. Yo también. Quizá por eso nos hemos hecho amigos desde el principio del curso, que es cuando llegó Tom nuevo al colegio. Bueno, no solo por eso. Nos caemos bien, y yo me siento afortunado porque es famoso y me ha escogido a mí como amigo. Aunque eso lo pensaba al principio, porque ahora la verdad es que no pienso en eso de la fama ni nada. Para mí, Tom es Tom, no el artista que conoce todo el mundo por la calle. Más bien me fastidia, igual que a él, cuando le vienen a pedir autógrafos. Es un rollo que te conozcan todo el rato, te señalan, te miran y no puedes ir tranquilo a ninguna parte. Eso es lo que le pasa a él. Cuando voy con él, hago de guardaespaldas y espanto a los «moscones» para que le dejen en paz.

En el colegio es un poco distinto porque ya están acostumbrados a verle, aunque de todas formas muchas chicas están por él. Menos Alicia. Yo creo que por eso Alicia y yo somos sus mejo-

res amigos, porque le tratamos como a una persona normal y no como a alguien intocable o que viniera de otra galaxia.

El lunes de la semana pasada ocurrió algo. Tom estaba enfadado. Al parecer la profesora de Lengua le había propuesto participar en la revista del instituto: quería hacerle una entrevista en la que contara su «maravillosa» experiencia como actor de anuncios de televisión. Estábamos jugando Alicia, él y yo a las cartas en el recreo.

—Qué te pasa —le pregunté a Tom.

—Nada.

—Venga, suelta la lengua, algo te pasa —le dijo Alicia con su típico tono de dueña del barrio.

—Que quiero que me dejen en paz.

Y entonces nos contó lo de la entrevista y finalizó con un:

—Estoy harto.

Era la primera vez que le oíamos hablar así. Alicia y yo nos miramos sorprendidos. Y le preguntamos que de qué estaba harto.

—De los anuncios, de los *castings*, de ser famoso. —Y después de una pausa larga...—: De mis padres.

Sí, lo de que le molestaba la fama ya lo sabíamos. Pero que estaba harto de los anuncios y, sobre todo, de sus padres... eso era una novedad. Pensábamos que le gustaba el mundillo de las cámaras y las fotos, los *flashes* de las fotos y todo eso que nosotros, la verdad, no habíamos visto nunca. Todo nos lo imaginábamos en nuestra cabeza. Se hizo un silencio.

—Pues no vayas más —le dijo Alicia muy segura.

—Ja. Qué fácil es decirlo.

Dejamos de jugar a las cartas, porque la conversación era más importante. Alicia se puso en plan combativo.

—¿No te gusta hacer anuncios? ¡Pues mándalos a la porra! Solo tienes que decir que no.

—Tú no lo entiendes. Si digo que no, todo se vendrá abajo —contestó, y de pronto se derrumbó y puso los pucheros típicos de cuando alguien se va a echar a llorar.

—¿El qué se va a venir abajo? —preguntó Alicia.

—Pues todo. Si les digo a mis padres que no quiero hacer más anuncios... No, no, eso es imposible.

—Yo pensaba que te gustaba ir a la tele y hacer los *castings* —dije yo.

—¡Estoy harto! ¡Quiero dejar de hacer lo que dicen mis padres! ¡¡Quiero jugar con vosotros por las tardes!! ¡¡Quiero hacer lo que yo quiera!! —contestó y fue entonces cuando se echó a llorar.

Qué raro era ver a Tom con la cabeza entre las manos y llorando. Nunca le había visto llorar. Yo tenía ganas de decirle algo, pero no me salía nada. Alicia se me adelantó, se acercó a él y le dio un abrazo. Entonces yo fui también y le di otro abrazo.

—Venga, vámonos para clase, que te están mirando y no podemos dar este espectáculo gratis. Nosotros te ayudaremos. ¿Verdad, Pedro?

Claro que sí, yo quería ayudar a mi amigo. Aunque en ese mo-

mento estaba confuso, no me gustaba ver a Tom así de triste. Ni verlo llorar más.

Bastantes personas, al ver llorar al «famoso Tom», se acercaron para ver qué le pasaba. Pero ahí estaba yo, protegiendo de moscones a mi amigo.

—¡Dejadle en paz! Quiere que le dejéis en paz.

—Venga, no llores, se nos ocurrirá alguna idea —le dije, confiado en que Alicia tenía una buena idea en la cabeza.

—De momento, lo de la entrevista —dijo Alicia cuando ya habíamos llegado a clase—. ¿Tú no quieres hacerla? Pues pásamela a mí, que nosotros, este y yo, te la hacemos. ¿Verdad, Pedro? Nosotros te la rellenamos y luego tú se la das a la de Lengua. Y de paso vamos pensando cómo te puedes deshacer de los *castings* y de todos tus compromisos con los anuncios. ¡Guerra a los anuncios! —exclamó Alicia levantando el puño y mostrando su mejor sonrisa.

Lo increíble fue que Tom dejó de llorar. Y acto seguido le dio un ataque de risa, de esa risa nerviosa que no puedes parar ni aunque venga el profesor de Matemáticas (acababa de empezar la clase de Matemáticas) y te diga que ya está bien de hacer el tonto, y tú venga a reírte y a taparte la boca con las manos, y a taparte después la cabeza con los brazos para ver si escondiéndote se te para el ataque y dejas de reírte. Pero nada de eso le valió a Tom. El profesor de Matemáticas le echó de clase. Qué borde. No entendió que era una risa floja e inofensiva.

La entrevista

Los padres de Tom son una señora y un señor muy elegantes, y se nota que están orgullosos de su único hijo. A la salida del colegio, mientras esperaban a que viniera a recogerlos el coche con las ventanillas oscuras, los rodearon otros padres, que se pusieron a hablar (como siempre) de la faceta artística de su hijo. Lo sabía porque Tom sonreía como un niño bueno (igual que hace en los anuncios) cuando le revolvían el pelo y le daban golpecitos cariñosos en la espalda. «Qué suerte tener un hijo así»: seguro que pensaban eso.

—Venga, tú —me dijo Alicia mientras mirábamos esa escena desde lejos—, vamos a pensar en cómo podemos deshacernos de los malditos anuncios de Tom.

—Pues que él diga que no quiere hacerlos y ya está.

—¿Pero no te das cuenta de que no se atreve? Sus padres sacan dinerito de todo esto... —me contestó Alicia moviendo los dedos, como si acariciara monedas—. Además, no quiere decepcionarlos.

—Tienes razón. Menuda llorera el otro día.

—Hay que pensar con la cabeza. —Alicia se puso muy, muy seria—. Tenemos que trazar un plan. Vámonos al parque a pensar.

Me decidí a participar en el plan porque sabía que mis padres estaban de acuerdo con que Tom dejara tanto anuncio y se dedicara a jugar y a estudiar. Se lo había oído decir varias veces. Pero no podía decirles ni una palabra a ellos. Estas son cosas nuestras.

Cuando Alicia y yo atravesamos el parque de vuelta a nuestras casas, ya teníamos varias ideas escritas en un papel. Unas ideas maravillosas que iban a cambiar la vida de Tom. Además, Alicia llevaba en la mochila la entrevista que teníamos que contestar en lugar de Tom. Yo sentía en mi estómago una especie de gusanos molestos que trepaban por ahí dentro. Creo que era la mezcla de emoción y miedo. Alicia no tenía ningún animal en movimiento dentro de su estómago. Estaba alegre y decidida a llevar a cabo nuestro plan.

¿Somos un equipo?

Debíamos contarle el plan a Tom.

Ahí llegó nuestro primer problema.

—¿Estáis locos? No puedo hacer nada de eso que decís. Mis padres me matarían si se enteraran.

—Matarte, lo que se dice matarte, no creo que lo hagan —dijo Alicia con una sonrisa de medio lado—. ¿Pero qué más da que se enfaden? Tú tienes que defender lo tuyo. Contéstame: ¿quieres seguir haciendo anuncios toda tu vida?

Tom bajó la cabeza.

—Todos dicen que es maravilloso lo que hago. Mis padres están orgullosos de mí porque salgo en la tele. Sí, estoy harto de los anuncios. Pero no puedo decepcionar a todos. Sobre todo a mis padres. Además...

—Además, sacan dinero, ¿no? —interrumpió Alicia.

ALICIA



Eso le sentó fatal a Tom, que, después de unos segundos de silencio, le contestó enfurecido:

—¡Pues sí! Gano bastante y les viene muy bien a mis padres. Nos hemos comprado un coche nuevo. ¿Tienes algún problema?

La cosa se estaba poniendo fea. Tom estaba rojo de furia y fui yo quien decidió cortar la conversación y dejarla para otro momento.

—Sí, será mejor dejarlo —dijo Alicia, también muy enfadada—. Yo me voy, este es un cobardica.

Nuestro plan consistía en, por ejemplo, teñirle a Tom el pelo de verde, pincharle las ruedas al coche negro cada vez que llegara a recogerlo, pintarle marcas de varicela en la cara y en el cuerpo para que no pudiera ir al estudio de grabación... No era nada peligroso lo que habíamos pensado, pero él no quiso colaborar.

Sin embargo, la suerte se puso de nuestra parte.

En el tablón de anuncios del instituto, apareció un enorme cartel:

*SE NECESITAN ACTORES PARA EL MUSICAL **FAMA**. LO REPRESENTAREMOS EN LA GRAN FIESTA DE FINAL DE CURSO.*

LOS INTERESADOS, QUE SE PONGAN EN CONTACTO CON EDURNE.

Como todos los años, Edurne, la profesora de Música, nos convocaba a los alumnos para representar un espectáculo musical para final de curso. Era muy popular esta representación y asistían espectadores de todo el barrio: alumnos, profesores, familias, vecinos...

Me encontré a Tom y a Alicia plantados delante del cartel. Alicia le explicaba en qué consistía y Tom escuchaba con atención.

—¡Me apunto! Es mi ilusión: hacer un musical —dijo Tom convencido de que eso iba a ser posible—. ¿Y vosotros? ¿Os apuntáis conmigo?

—¡Pues claro! Este y yo nos apuntamos contigo, ¿verdad, Pedro?

Yo acababa de llegar, y no pude decir que no: Alicia me había guiñado un ojo en plan cómplice, y además todos los años me

apuntaba al musical. No era nada nuevo. Nos lo pasábamos genial ensayando casi todas las tardes con Edurne. Pero... ese iba a ser precisamente el problema para Tom: los ensayos eran por las tardes. Ensayos a tope, porque en tiempo récord había que preparar el espectáculo.

Sin decirle a Tom nada de esto, nos fuimos al despacho de Edurne, donde ya había una fila larga esperando para apuntarse: pero no había problema, había siempre sitio para todos en la obra. Cuando llegó nuestro turno, Edurne le explicó las condiciones: durante esta etapa, los que participaban en el espectáculo se dedicaban a ensayar todas las tardes. Ese era el pacto: se convocaba tan avanzado el curso a cambio de que los alumnos abandonaran durante estos dos meses sus actividades extraescolares. La cara de Tom cambió de color.

—No, yo no me apunto, lo siento —le dijo a Edurne.

Tom salió pálido de allí. Nos contó por el camino que actuar en un musical era su ilusión desde pequeño, mucho más que salir

en la tele y todo eso. Alguna vez sus padres le habían presentado a algún *casting* para algún musical, pero no le habían cogido: era muy guapo, pero no tenía buena voz.

—Venga, vamos al patio y compartimos mis zanahorias, tengo para todos —dijo Alicia—. Y vemos a ver qué hacemos con lo tuyo.

«Lo tuyo» era lo de Tom: la cara larga delataba su decepción. Nos sentamos en medio del campo de baloncesto.

—¡Qué mierda! —dijo por fin Tom, que parecía que se había quedado mudo—. Tengo ocupadas casi todas las tardes de aquí a julio. ¿Por qué soy tan pringado? Todos vais a estar divirtiéndos y yo trabajando. ¡Mierda! ¡Mi vida es una mierda! —exclamó mientras cogía de un tirón la zanahoria que le ofrecía Alicia y le pegaba un modisco rabioso.

Hubo unos minutos de silencio, mientras nos comíamos las zanahorias y el bocadillo que había traído Tom. Quizá necesitábamos coger fuerzas para hacer algo juntos.

—¿Somos un equipo, no?!! —gritó Alicia de pronto, y nos miró a los dos.

Tom y yo nos miramos.

—¡Somos un equipo! —contestamos a la vez, y nos echamos a reír a carcajadas.

Tom se había transformado. ¡Había dicho que su vida era una mierda! ¿Cómo lo podíamos arreglar? De nuevo, teníamos que pensar en un plan, pero esta vez un plan definitivo, seguro, brillante.

Fame



Nadie puede saberlo

La segunda semana de abril se presentaba complicada. «Complicada de narices», como dijo Alicia. El lunes día 9 empezaban los ensayos del musical en el salón de actos del instituto. Tom se había apuntado. Ese día no tenía problemas porque no le tocaba irse a grabar. La cosa se complicaba el martes día 10, que era el día en que empezaba una campaña publicitaria para unos famosos grandes almacenes de ropa juvenil: Twenties. Y Tom iba a ser el protagonista de esos anuncios, que empezarían a grabar el martes y terminarían el viernes. En resumen: no podría asistir a los ensayos del musical. Solo al del lunes.

Pero nuestro plan ya estaba en marcha.

El lunes, en el primer ensayo, Edurne nos repartió los papeles y nos dio el libreto que nos teníamos que aprender. La obra trataba de una escuela de baile en el Bronx neoyorquino, y estaba basada en una serie de televisión de mucho éxito entre los jó-

venes de los años ochenta. O sea, la época de nuestros padres y nuestras madres. A los míos les brillaron los ojos cuando les dije el título. La cuestión consistía en cantar y bailar mucho. Y a lo loco. Daba igual que se te diera bien o mal cantar o bailar. Como éramos muchos, «lo bonito consiste en que seamos un grupo grande, pero bien organizado. Que se vea y se oiga bonito», nos dijo Edurne. Ya en el primer ensayo empezamos a cantar y a ensayar una de las coreografías de baile que ella había preparado. Salí entusiasmado. Y Alicia. Y Tom también.

¿He dicho que nuestro plan ya estaba en marcha?

El martes por la mañana, Tom no vino a clase. Muchos compañeros nos preguntaron por él. Alicia y yo nos mirábamos.

—No tengo ni idea de qué le pasa ni dónde está. ¿Es que creéis que soy su madre?

Pues claro que lo sabíamos. Tom estaba en mi casa. Escondido en mi habitación. Decidimos que era el lugar más seguro para llevar a cabo su fuga. Esconder a Tom en mi casa era fácil. Solo tenía que meterse debajo de la cama mientras estuvieran mis

padres, y salir cuando la casa estuviera vacía. No teníamos un loro que lo delatase, así que solo debía tener cuidado al salir o entrar.

Sin saber cómo, las llaves de mi padre desaparecieron (estaban en el bolsillo de Tom, para que pudiera entrar y salir de casa para ir a los ensayos). Mi padre, después de refunfuñar todo lo que quiso y de poner patas arriba la casa para buscar las llaves (eso sí, en mi habitación no lo dejé entrar, no podía correr ese riesgo), decidió ese mismo día hacerse unas copias nuevas. «Uno no puede andar por el mundo sin las llaves de su casa», decía.

Por la tarde, nos fuimos al salón de actos a ensayar de nuevo. El segundo ensayo fue igual de divertido que el primero. Alicia y yo no paramos de mirar por todos los lados con disimulo. Sabíamos que Tom andaba por ahí escondido, observando el ensayo desde algún rincón.

—¿Lo has visto ya? —me susurró Alicia.

—Sí, está detrás de aquella columna.

—¡El plan está funcionando! —Alicia estaba excitadísima.

—Shhhh, nos van a oír.

El miércoles fue una copia del martes. Todos nos preguntaban que dónde estaba Tom, y Alicia contestaba con una de esas respuestas tan cortantes que no daban ganas de seguir preguntando. De camino, vimos en el pasillo a los padres de Tom hablando con la directora. Alicia y yo nos escabullimos rápidamente para que no nos vieran. No queríamos preguntas incómodas. Aunque, a la salida del ensayo, no pudimos evitar que la directora nos llamara a su despacho. Cuando entramos, los padres de Tom estaban allí. Tenían ojeras y muy mala cara, como de no haber dormido. Y de haber llorado, por sus ojos hinchados.

—¿De verdad no sabéis dónde está Tom? —nos preguntó la directora.

Yo tragué saliva. Y seguramente Alicia también tragó saliva. Tenía que ser ella la que hablara. Siempre lo hace. Pero nada. No decía nada.

—No. ¿Por qué tendríamos que saberlo? —contesté yo, y me sorprendí a mí mismo por haber dicho una mentira con tanta naturalidad.

—Sois sus mejores amigos —contestó la madre, y en ese momento se levantó, se acercó a nosotros y nos entregó un papel—. ¿Sabéis qué es esto?

Cogí el papel y leí:

*«No me busquéis. Me voy de casa. Firmado: Tom.
10 de abril de 2018».*

—Llevamos dos días sin saber nada de él —intervino el padre—. Tenía que presentarse para una campaña publicitaria ese mismo martes, el día que nos dejó la nota por la mañana.

—¡No hables ahora de la campaña! —interrumpió la madre un tanto enfadada—. Queremos que nuestro hijo aparezca. ¿Tenéis idea de dónde se ha ido y por qué?

Alicia no pudo contenerse.

—¿No será quizá mucha coincidencia que precisamente se haya ido «este» martes? —contestó furiosa como un vendaval—. ¿No os habéis preguntado que quizá él no quiere dedicar su vida a hacer anuncios? ¿Se lo habéis preguntado alguna vez? ¿Eh? ¿No estará hasta el gorro de vosotros?

—¡Alicia! —interrumpió la directora—. Para ya.

—¡Pero tú quién te crees que eres, niña...! —contestó el padre enfadado—. Si sabes dónde está mi hijo, dímelo inmediatamente. Vamos a avisar a la policía.

Yo tenía que sacar a Alicia de aquel lío.

—No lo sabemos —mentí con toda la frialdad que pude—. ¿Podemos irnos ya?

Ahí terminó nuestra conversación y nos fuimos directos a nuestro lugar de encuentro con Tom. Sí, sí sabíamos dónde estaba Tom: llevaba tres días escondido en mi habitación. La noticia de la desaparición de Tom había llegado a oídos de todos. Todo se estaba complicando. Y lo de la policía... nos había puesto muy nerviosos.

Durante estos tres días, él pasaba el día escondido en mi casa hasta que llegaba la hora del ensayo. Entonces, camuflado con ropa ancha y capucha (y con las llaves de mi padre en el bolsillo), atravesaba el parque y llegaba como podía al salón de actos, se escondía en un rincón, y desde allí observaba el ensayo, para aprenderse la coreografía. Quería participar en esa función final. Luego, por las noches, ensayábamos en mi habitación, cuando mis padres dormían. Pero la cosa se estaba poniendo fea. Ya había llegado a oídos de mis padres la desaparición de Tom, y, aunque Tom no frecuentaba mucho mi casa, sabían que era uno de mis mejores amigos. Estaban muy preocupados y yo cada vez disimulaba peor.

—¿¡Qué ha pasado!? —preguntó Tom cuando llegamos Alicia y yo al punto de encuentro.

—Buah. Menuda bronca les ha echado Alicia a tus padres. Han venido al instituto para ver si nosotros sabíamos algo de ti.

—¿Y qué les habéis dicho?

—Pues que no —contestó Alicia con firmeza—. Qué les íbamos a decir. Seguimos con nuestro plan.

—Creo que nos hemos pasado —dije yo. Jo, es que me había dado pena ver a sus padres tan preocupados. Pensaba en los míos y... no querría que sufriesen así—. Tus padres lo están pasando mal. ¡Y van a llamar a la policía!

—Pues que me dejen en paz.

—¡Eso! Que le dejen en paz. —Alicia tenía claro de parte de quién estaba.

Yo empecé a sentirme mal. Me arañaban los gusanos de mi tripa, me temblaban las piernas y me sentía mareado. Vale, estábamos ayudando a nuestro amigo. Para eso somos sus amigos. Pero... No sé. De pronto vi claro que podíamos hacerlo de otra manera. Me llevó unos minutos organizarlo en mi cabeza, y en este rato me dejaron de molestar mis gusanos y se me pasó el mareo.

—Propongo que cambiemos de plan.

Alicia y Tom me miraron sorprendidos. Cuando se lo conté, se quedaron callados. Creo que tenían el mismo miedo que yo por todo lo que estaba pasando y hasta dónde habíamos llegado. Era el momento de pasar de nuevo a la acción.

PEDRO



Hablando claro

Aguantamos hasta el sábado la situación tal y como estaba. Sí, sabíamos que los padres de Tom estaban preocupados, pero... por un poquito más tampoco iba a pasar nada, ¿no? Al fin y al cabo, Tom estaba sano y salvo. Alicia vino a mi casa temprano, y nos reunimos los tres en mi habitación. Mis padres estaban de mañana de sábado, o sea, limpiando la casa y haciendo comida para toda la semana, que es lo que suelen hacer cada sábado, llueva, nieve o truene.

—¿Entonces está todo clarito? —preguntó Alicia—. Vale, pues entonces me voy a hacer mi parte del plan. Ya sabéis, tenéis que esperar hasta las doce —dijo mientras salía de mi habitación.

—¿Pero ya te vas, Alicia? —escuché que le decía mi padre después de apagar la aspiradora.

—Sí, es que tengo muchas cosas que hacer. ¡Adiós! Nos veremos pronto —le escuché decir a Alicia y me sonreí por la ocurrencia. ¡Claro que nos íbamos a ver dentro de poco!

Las horas se nos hicieron eternas. Mis padres entraron en la habitación varias veces, pero Tom estaba bien escondido debajo de mi cama.

—Uf, aquí huele a animal muerto, Pedro. ¡Abre esa ventana, hombre! De hoy no pasa sin que arregles tu habitación, ¿entendido?

—Sí, papá, venga, déjame, que tengo que estudiar.

Y así varias veces. Que si huele a animal muerto, que si he visto las gafas de mi madre, que qué hacemos de comida para hoy...

Así aguantamos hasta las doce, como habíamos previsto. Entonces, Tom salió de debajo de la cama y se sentó encima de ella. Ahora era yo quien les tenía una sorpresa preparada a mis padres, y esta vez fui yo quien salió a buscarlos. Qué nervios. Tom estaba pálido. Y a mí me temblaban las piernas.

—Mamá, papá, ¿podéis venir un momento? Tengo algo que enseñaros. Pero me tenéis que prometer que no os vais a enfadar.

—No me asustes, hijo —se alarmó mi madre.

—¿Me lo prometéis? —insistí.

Mis padres se miraron y dijeron que sí. No tenían que haber prometido algo que no iban a cumplir... Cuando entraron en mi habitación:

—¡Tom!

Mi madre se acercó a él como si hubiera visto a un fantasma. Lo tocó, lo miró, lo abrazó.

—¿Qué haces aquí? —intervino mi padre—. ¿Dónde estabas? Tus padres te están buscando... ¿No será que...? No, no puede ser.

Me miró: había comprendido en ese instante que Tom había estado todo este tiempo escondido aquí.

—¿Has estado todo este tiempo... aquí? —le preguntó mi madre, que había puesto una cara muy seria. Él la miró y no respondió—. ¡¡¡No me lo puedo creer!!! ¿Tú sabes el disgusto que les has dado a tus padres? ¿Por qué has hecho esto? ¡Niño! ¡Habla de una vez! —mi madre estaba furiosa.

Mis padres se quitaban la palabra para mostrar su enfado por la locura que habíamos cometido. Que eso no se les hace a unos padres, que estábamos locos, que éramos unos egoístas descebrados. Pero, cuando ya se calmaron, nos pidieron que se lo explicáramos despacio.

—Lo que le pasa a Tom es que...

—Deja, ya se lo cuento yo —me interrumpió Tom.

Les contó que lo de los anuncios era para él un infierno, pero que no quería defraudar a sus padres, que le daba miedo que dejaran de quererlo... Mis padres escucharon en silencio, y las facciones de su cara pasaron de muy enfadadas a... no sé, bueno, que creo que entendieron cómo se sentía Tom y por qué habíamos querido ayudar a nuestro amigo.

—También Alicia está metida en todo esto, ¿no?

—Claro, mamá. Ella y yo somos los mejores amigos de Tom. Teníamos que liberarlo de las cadenas de sus padres.

—A ver, alto ahí. Que sus padres son sus padres y quieren lo me-

jor para él —me interrumpió mi madre. Y se dirigió muy seria a Tom—: ¿No será que no te has atrevido a decirles lo que piensas, Tom?

Tom no contestó. Estaba claro que no se atrevía a decirles la verdad a sus padres.

—Necesitamos vuestra ayuda. Queremos que vengáis con nosotros a entregar al «secuestrado» —dije yo en plan broma poniendo comillas en el aire a «secuestrado» para relajar el ambiente. Pero mis padres no estaban para bromas.

—Por supuesto que inmediatamente vamos a casa de Tom —dijo mi padre. Estaba muy serio.

Dentro de lo complicado que era el plan, no estaba saliendo del todo mal. Ahora íbamos a comprobar si Alicia había llevado a cabo su parte del plan.

Fin de la aventura

El timbre de la casa de Tom resonó como un eco que se pierde entre largos y tétricos pasillos. Tom temblaba de miedo. Yo estaba a su lado y mis padres detrás de nosotros. Eso me daba seguridad. Si Alicia había cumplido con su parte del plan, quizá todo sería más fácil. Pero ¿y si le había pasado algo por el camino? ¿Y si todo había salido al revés de como lo habíamos planificado? Le puse la mano en el hombro a Tom: pasara lo que pasara, yo iba a estar ahí a su lado. Aguantaríamos la bronca los dos juntos. Él me miró. Tenía cara de pánico. Los segundos se nos hicieron eternos.

Fue su padre quien abrió la puerta. Sin mirarnos a los demás, como si fuera un robot, se arrodilló frente a Tom y, en silencio, le dio un laaaargo abrazo y se puso a llorar de emoción. Después de un buen rato, soltó a su hijo, se limpió con la manga del jersey los ojos y la nariz, y le dijo a Tom:

—Entra, tu madre te está esperando.

Tom desapareció por el pasillo. En ese momento, el padre de Tom se dio cuenta de que estábamos mis padres y yo, inmóviles como tres estatuas. Fue mi madre la que rompió el hielo:

—Creo que Pedro os debe una disculpa. ¿Pedro? ¿Qué tienes que decir?

—No os preocupéis. Ya hablaremos más adelante. Este es un momento muy feliz. Pasad.

Le seguimos hasta el comedor, y allí nos encontramos una escena de lo más tierna. La madre abrazada a Tom, y Tom abrazado a su madre. Los dos hechos una albóndiga. Cuando terminaron de abrazarse, ella se percató de que estábamos nosotros allí. Después de limpiarse con un pañuelo los ojos y la nariz, saludó a mis padres con amabilidad y los invitó a sentarse. Después me miró a mí.

—¿Vosotros dos y alguien más habéis tramado todo esto, verdad? —nos preguntó mientras nos enseñaba la revista del cole-

gio abierta por la página de la entrevista a Tom—. Hace un rato, han llamado al timbre y, cuando hemos abierto, alguien nos había dejado esto en la alfombrilla de la puerta.

«Esto» era la revista del instituto. Sí, esa para la que la de Lengua le había pedido a Tom que participara con una entrevista. Una entrevista en la que tenía que hablar de lo «maravilloso» de su profesión de actor de anuncios. Entrevista que, sin embargo, había rellenado Alicia, y donde había escrito los verdaderos sentimientos de Tom. Todo eso que no se atrevía a decirles a sus padres, apareció escrito bien clarito. Y, claro, sus padres lo habían leído. Ahí estaba, encima de la mesa. Como se suele decir, las cartas de Tom quedaron al descubierto.

Mis padres insistieron en que pidiera disculpas por haber escondido a Tom en nuestra casa. Pero a los padres de Tom parecía que eso ya no les importaba, y, en plan ametralladora de preguntas y sin reparar en nuestra presencia:

—¿Cómo no nos has dicho todo esto antes, hijo? (La madre).

—¿Pero ya no quieres hacer más anuncios, hijo? (El padre).

—¿Cómo puedes pensar que te vamos a dejar de querer por eso, hijo? (La madre).

—¿Ni siquiera algún anuncio al año? (El padre).

Mis padres y yo observábamos la escena sin mover ni un músculo. En ese momento, sonó el timbre. Como nadie parecía haber oído nada (los padres y Tom seguían en su burbuja), fui yo a abrir. Era Alicia.

—¿¡Qué tal?! —me susurró emocionada sin atreverse a entrar—. ¿¡Cómo ha ido todo!? Llevo un buen rato ahí escondida en el portal. ¡Me muero de ganas por saber qué ha pasado! ¿Ha salido bien nuestro plan?

—Ven —dije yo, también emocionado—. Compruébalo por ti misma.



Dos meses después...

Dos meses después, Alicia, Tom y yo comíamos pipas sentados en un banco a la sombra de un árbol de nuestro parque. Ya se había celebrado el musical, en el que habíamos participado los tres (que cantábamos fatal, pero no se nos daba mal bailar), junto con un tropel de chicos y chicas del instituto. ¡Fue un exitazo! Edurne nos felicitó al terminar la obra, entusiasmada por lo bien que había salido: «Es el fruto de los ensayos diarios. Os doy la enhorabuena por vuestro tesón y compañerismo». Hubo mogollón de aplausos. Entre el público, los padres de Tom en primera fila. Y los de Alicia y los míos, a su lado.

La entrevista sobre el «famoso» Tom publicada en la revista fue lo más comentado ese mes en el instituto. Alicia, que no tiene pelos en la lengua, lo contó todo. Todo lo que le había escuchado decir a él muchas veces. Tom no ha dejado de hacer anuncios. Pero solo unos pocos, los que él elige y dejándose tardes para seguir con los ensayos en el grupo de teatro del instituto al que

se ha apuntado. Y para ver a sus mejores amigos, que somos Alicia y yo.

¿Y la fama?

—Mira, ahí viene un moscón a pedirte un autógrafo —le dijo Alicia mientras comía una pipa tras otra sentada en el banco—.

¿Quieres que te lo espante?

—No, gracias, ya lo hago yo.

FIN

Financiado por:



CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DEL ALUMNADO
Puerta del Sol, 4 | 6º A | 28013 MADRID | Teléfono 91 701 47 10 | Fax 91 521 73 92
ceapa@ceapa.es | www.ceapa.es